

Carta a nuestros frailes y hermanas en formación inicial

Fiesta del Beato Jordán de Sajonia 1999

Fr. Timothy Radcliffe, O.P.

Queridos frailes y hermanas en Santo Domingo,

Vosotros sois un regalo de Dios a la Orden, y nosotros honramos al Creador acogiendo sus regalos. Esto nos obliga a ofreceros la mejor formación posible. El futuro de la Orden depende de ello, de ahí que todos los Capítulos Generales dediquen tanto tiempo a reflexionar sobre la formación. En estos últimos años, la Orden ha elaborado excelentes documentos sobre la formación, por eso, más que escribir una carta larga sobre formación y repetir todo lo que se ha dicho, he creído mejor recopilar todos los documentos para que vosotros y vuestros formadores podáis estudiarlos fácilmente. Pero sí quiero poner en común unas palabras dirigidas directamente a vosotros, hermanos y hermanas, que estáis al inicio de vuestra vida dominicana, a sabiendas de que algunos formadores quizá quieran leerla por encima de vuestros hombros. Voy a hablar de la formación de los frailes, porque es lo que más conozco. Espero que también sea relevante para la experiencia de nuestras hermanas.



Uno de mis grandes gozos durante mis visitas a la Orden ha sido encontrarme con vosotros. Me ha emocionado vuestro entusiasmo por la Orden, vuestro deseo de estudiar y de predicar, vuestra alegría verdaderamente dominicana. Pero la formación implicará también momentos de sufrimiento, desorientación, desánimo y pérdida de sentido. A veces os preguntaréis por qué estáis aquí y si deberíais seguir. Tales momentos son parte necesaria y dolorosa de la formación, conforme vais creciendo como dominicos. Si no se dieran estos momentos, entonces la formación no os habría afectado en profundidad.

Formación en nuestra tradición no es moldear un sujeto pasivo hasta que salga un producto en serie, "*Un dominico*". Se trata de un acompañamiento nuestro a la respuesta que vosotros deis a la triple llamada recibida: de Cristo resucitado, que os invita a seguirle; de los hermanos y hermanas, que os invitan a ser uno de ellos; y la respuesta a las exigencias de la misión. Si respondéis plena y generosamente a estas llamadas, entonces cambiaréis. Exigirá de vosotros una muerte con la esperanza en el Señor, que da la resurrección. Será al mismo tiempo doloroso y liberador, apasionante e inquietante. Os formará según la persona a la que Dios os llama a ser. Este es un proceso que continuará a lo largo de toda vuestra vida dominicana. Los años de formación inicial son sólo el comienzo. Os escribo esta carta para animaros en vuestro viaje. ¡No os deis por vencidos cuando el camino se haga difícil!

Tomaré como texto para abordar este tema el encuentro de María Magdalena, patrona de la Orden, con Jesús en el huerto (Juan 20, 11-18).

"¿A quién buscas?"

Cuando Jesús se encuentra con María Magdalena, le hace una pregunta: "*¿A quién buscas?*". Nuestra vida en la Orden empieza con una pregunta parecida cuando nos postramos en tierra: "*¿Qué pides?*". Es la pregunta que hizo Jesús a los discípulos al principio del Evangelio.

Debéis venir a la Orden con hambre en el corazón, pero ¿de qué? ¿Es que habéis descubierto el Evangelio recientemente y deseáis compartirlo con los demás? ¿Es que encontrasteis a un dominico a quien habéis admirado y deseáis imitarlo? ¿Es para huir del mundo con todas sus complicaciones, de la dificultad para crear relaciones humanas? ¿Es porque siempre habéis deseado ser sacerdotes y sentís la necesidad de una comunidad?

¿Es porque os preguntáis por el significado de vuestra vida, y deseáis descubrirlo con nosotros? ¿A quién buscas? ¿Qué pides? No podemos contestar a esta pregunta por vosotros, pero podemos acompañaros cuando se os plantee y ayudaros a dar una respuesta sincera.

Durante nuestra vida dominicana podemos responder a esta pregunta de manera diferente según los diversos momentos. Las razones que nos han traído a la Orden quizá no sean las que nos llevan a permanecer en ella. Al entrar en la Orden me sentí atraído ante todo por el hambre de entender mi fe. El lema de la Orden, "*Veritas*", me sedujo. Dudaba si tendría alguna vez el valor de predicar un sermón. Después me quedé porque este deseo se apoderó por completo de mí. A veces no tenemos claro por qué estamos aquí y qué anhelamos. Quizá nos aferramos a un vago sentimiento de que es aquí donde tenemos que estar. La mayoría seguimos hasta el final porque, como María Magdalena en el huerto, estamos buscando al Señor. La vocación es la historia de un deseo, de un hambre. Estamos aquí porque nos ha enganchado el amor, y no la promesa de una realización personal o una carrera. Eckhart dice: "*El amor se parece al anzuelo del pescador. El pescador no puede conseguir el pez si no está atrapado en el anzuelo. Quien está enganchado a este anzuelo está cogido tan profundamente que pies y manos, boca, ojos y corazón, y toda la persona pertenecen sólo a Dios. Ten la esperanza de que este anzuelo afortunadamente te va a enganchar, pues cuanto más asido estés tanto más libre serás*"⁽¹⁾.

Tal vez descubráis que estáis de verdad en la búsqueda del Señor resucitado, pero que estáis llamados a encontrarlo en otra forma de vida, quizá como discípulos casados. Es posible que Dios os llame a la Orden por un breve tiempo para que os preparéis a ser predicadores en otro estilo de vida.

El gozo de este encuentro pascual está en el corazón de nuestra vida dominicana. Es la felicidad que compartimos en nuestra predicación. Pero crecemos en ella sólo pasando por momentos de pérdida. Aquel a quien María Magdalena ama ha desaparecido. "*Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo recogeré*". Ella llora por la pérdida de la persona amada. Algunas veces la entrada en la Orden puede estar marcada por esta misma experiencia de desolación. Tal vez llegáis llenos de entusiasmo. Estáis dispuestos a entregaros a Dios plenamente, tener horas de oración extática. Pero parece que Dios se escabulle. Orar se convierte en una repetición tediosa de salmos largos en tiempos inoportunos, con frailes que cantan muy mal. Incluso podemos pensar que los frailes son los culpables de la desaparición de Dios por su falta de devoción. ¿Por qué a algunos no se les ve en el oficio? Su enseñanza parece minar la fe que me trajo aquí. En sus clases se analiza minuciosamente la Palabra de Dios, y se nos dice que no hay que tomarla al pie de la letra. ¿Dónde han enterrado a mi Señor?

"Jesús le dijo: María'. Ella se volvió y le dijo en hebreo: 'Raboni' (que significa maestro)". Es preciso perder a Cristo si queremos encontrarlo otra vez, sorprendentemente vivo e inesperadamente cercano. Lo tenemos que dejar ir, quedar desconsolados, llorar por su ausencia, si queremos descubrir a un Dios más cercano a nosotros de lo nunca imaginado. Si no recorremos este camino, nos estancaremos en una pueril e infantil relación con Dios. Pertenece a nuestra formación el estar desorientados, confusos como María en el huerto, sin saber qué sucede. De lo contrario nunca nos sorprenderá una nueva intimidad con el Señor resucitado. Y esto tiene que pasar una y otra vez mientras el pescador nos va cobrando al recoger con el carrete. El Señor desaparecido se le aparece, le habla, y le dice que le permita irse de nuevo: "*No me toques*".

Cuando parezca que se han llevado el cuerpo del Señor, no os deis por vencidos y os marchéis. Después de la desaparición de Jesús, Pedro, como hombre que era, volvió a su trabajo. Esto puede ser una tentación, el regresar a nuestra vida pasada. María no se desanimó, sino que siguió buscando, aunque fuera sólo un cuerpo muerto. Si nosotros perseveramos, como ella, tendremos después una grata sorpresa. Recuerdo muy bien un largo período de desolación, durante los años de mi profesión simple. No es que dudara de la existencia de Dios, pero Dios me parecía demasiado lejano, y no tenía mucho que ver conmigo. Fue años más tarde, después de la profesión solemne y de la ordenación, en el

huerto de los Olivos en Jerusalén, durante un verano cuando el vacío quedó colmado. Es posible que tenga que soportar alguna otra vez esta ausencia, y entonces quizá vosotros, mis hermanos y hermanas, me ayudaréis a seguir hasta el próximo encuentro sorprendente.

Jesús sólo le dijo una palabra, su nombre, "*María*". Dios siempre nos llama por el nombre. "*Samuel*", Dios llamó tres veces en la noche. Quiénes somos, nuestra más profunda identidad, la descubrimos respondiendo a alguien que llama por nuestro nombre. "*Yahvé desde el seno materno me llamó; desde las entrañas de mi madre recordó mi nombre*" (Isaías 49,1). Así pues, nuestra vocación de dominico no es un asunto de encontrar un trabajo, ni siquiera un servicio útil a la Iglesia o a la sociedad. Es mi "*Sí*" a Dios que me llama a ser, mi "*Sí*" a los hermanos con quienes vivo, y mi "*Sí*" a la misión a la cual soy enviado. Estoy llamado a la vida, como el que ha sido llamado a salir de la tumba por una voz que grita "*Lázaro, sal fuera*".

De esta manera podemos decir que el objetivo fundamental de la formación es ayudarnos a ser cristianos, a decir "*Sí*" a Cristo. Si esto no se consigue, estamos en un juego. ¿Significa esto que llegar a ser dominico sea algo sin importancia, un mero incidente? No, porque es el camino de Domingo en el seguimiento de Cristo. Quizá, el primer nombre del cristianismo fue "*El Camino*" (Hech 9,2). Cuando Domingo recorrió los caminos del sur de Francia, descubrió un camino hacia el Reino. La Orden nos ofrece un camino de vida, con su oración común, su forma de gobierno, su manera de hacer teología y de ser fraile. Cuando hacemos profesión, confiamos en que este extraño camino de vida pueda conducirnos al Reino.

Por tanto no espero ser un buen cristiano antes de ser un predicador. Compartir la palabra de Dios con los otros es parte de mi búsqueda del Señor en el huerto. Cuando lucho por encontrar una palabra que predicar soy como María Magdalena, que suplico al jardinero que me diga dónde han puesto el cuerpo de mi Señor. Si puedo compartir mi lucha por la palabra, entonces podré compartir también ese momento de revelación cuando el Señor me llame por mi nombre. Debo atreverme a buscar en la tumba y encontrarme con la ausencia del cuerpo, si también estoy dispuesto a compartir el encuentro siguiente. Ser predicador es compartir todos los momentos de este drama en el jardín pascual: desolación, interrogación, revelación. Pero, si hablo como alguien que lo sabe todo, con una seguridad total, la gente puede quedar impresionada por mis conocimientos, pero puede sentir que éstos tienen poco que ver con ella.

"Vete a mis hermanos"

Jesús llama a María por su nombre y la envía a sus hermanos. Nosotros respondemos a la llamada de Dios llegando a ser uno de ellos.

Ser hermano es mucho más que pertenecer a una comunidad y llevar un hábito. Implica una profunda transformación de mi ser. Ser hermano de sangre de alguien es más que tener los mismos padres; implica relaciones, que me han ido formando poco a poco para llegar a ser la persona que soy. De modo semejante, ser un fraile de Domingo me exigirá una transformación paciente, a veces dolorosa, de lo que soy. Habrá momentos, quizá prolongados, de muerte y resurrección.

Es verdad que la mayoría de los frailes dominicos son sacerdotes, y que pertenecemos a un "*instituto clerical*", pero la ordenación no nos hace menos hermanos. Durante mis años de formación llegué a amar ser uno de ellos. No deseaba más. Acepté la ordenación porque mis hermanos me lo pidieron, y porque amaba la misión. Llegué a valorar ser sacerdote, porque la comunión y la misericordia, que están en el corazón de nuestra vida fraterna, encontraron expresión sacramental de una Iglesia más amplia. Pero era exactamente un hermano como antes. No hay títulos más altos en la Orden. Una razón más por la que creo que la promoción de la vocación de los hermanos cooperadores (una palabra que nunca me ha gustado) es de suma importancia para el futuro de la Orden. Ellos son la memoria de lo que nosotros somos, hermanos de Domingo. No pueden existir hermanos de segunda clase en la Orden.

Cuando era estudiante, recuerdo la visita de un sacerdote de otra provincia a nuestra comunidad en Oxford. Cuando llegó, había un dominico barriendo el vestíbulo. El visitante le preguntó: "*¿Es usted un hermano?*" "*Sí*", contestó. "*Hermano, vaya a traerme una taza de café*". Después del café, le pidió al hermano que le llevara las maletas hasta su cuarto. Y finalmente el visitante le dijo: "*Ahora, hermano, quiero ver al Padre Prior*". El fraile contestó: "*Yo soy el Prior*".

Diferentes visiones de ser fraile

Ser fraile es descubrir que sois parte de nosotros. Estamos en casa con los hermanos. Pero nosotros dominicos podemos tener muchas concepciones distintas de lo que significa ser hermano.

Cuando nos integramos al noviciado, una de las sorpresas puede ser descubrir que mis compañeros llegan con visiones de la vida dominicana muy diferentes de la mía. Cuando entré en la Orden me atrajo poderosamente no sólo la búsqueda de *Veritas*, sino también la pobreza de Domingo. Me imaginaba en las calles mendigando la comida. Pronto descubrí que la mayoría de mis connovicios consideraban esto como un tonto romanticismo. Algunos de vosotros os sentiréis atraídos por el amor al estudio; otros por el deseo de luchar por un mundo más justo. Quizá os escandalice el ver a otros novicios desempacando enormes cantidades de libros o un reproductor de CD. Algunos de vosotros desearéis llevar el hábito las veinticuatro horas del día, otros quitárselo lo antes posible. Fácilmente nos pisoteamos mutuamente nuestros sueños.

A menudo existe esta tensión entre generaciones de frailes. Algunos jóvenes que llegan a la Orden hoy en día valoran altamente la tradición y los signos visibles de la identidad dominicana: estudiar a Santo Tomás, los tradicionales cantos e himnos de la Orden, vestir el hábito, celebrar nuestros santos. Con frecuencia los frailes de una generación anterior están desconcertados ante este deseo de encontrar una identidad dominicana clara y visible. Para ellos la aventura había sido dejar atrás los estilos antiguos que parecen interponerse entre nosotros y la predicación del Evangelio. Teníamos que estar en los caminos, con la gente, viendo las cosas a través de sus ojos, anónimos si queríamos estar cercanos. Ocasionalmente esto puede acarrear un cierto malentendido, incluso una mutua sospecha. Las provincias actualmente florecientes son a menudo aquellas que han logrado ir más allá de tales conflictos ideológicos. ¿Cómo podemos construir una fraternidad más profunda que estas diferencias?

En primer lugar, podríamos llegar a reconocer el mismo profundo impulso evangélico en cada fraile. Con el hábito o sin él, predicamos al mismo Señor resucitado. Siempre me encontré como en mi casa con los frailes; bien sea sentado con unos cuantos hermanos junto al río, en el Amazonas, recitando los salmos en mangas de camisa, o celebrando una elaborada liturgia polifónica en Toulouse. Aparte de las demandas objetivas de los votos y Constituciones, uno puede reconocer ciertas semejanzas familiares: alegría; un sentido de igualdad de todos los frailes; una pasión por la teología, aunque sea con tendencias completamente contradictorias; confianza en nuestra tradición democrática; una falta de pretensión. Todo esto insinúa un modo de vida que compartimos, por grandes que sean las diferencias superficiales.

En segundo lugar, nuestras visiones diferentes de la vida dominicana pueden estar formadas por diferentes momentos de la historia de la Iglesia y de la Orden. Muchos de nosotros, que llegamos a ser dominicos durante el Concilio Vaticano II, crecimos en un catolicismo seguro de sí mismo y de su identidad. Nuestra aventura consistió en llegar a los que estaban lejos de Cristo, rompiendo las barreras. Lo que motiva a los frailes y hermanas de esta generación es a veces el deseo de estar cercano al Cristo invisible, que está presente en cada fábrica, en cada barrio, en cada universidad. Suprimimos una identidad visible por amor a la predicación. Nuestros sacerdotes obreros, por ejemplo, fueron un signo del Dios cercano, aun para aquellos que parecían haber olvidado su nombre.

Muchos de los que hoy llegan a la Orden, especialmente en Occidente, han realizado una

peregrinación diferente, creciendo lejos del cristianismo. Quizá ahora vosotros deseéis celebrar y afirmar la fe que habéis abrazado y llegado a amar. Queréis ser reconocidos como dominicos, porque esto también forma parte de la predicación. Puede ser exactamente el mismo impulso evangélico el que lleva a unos frailes a ponerse y a otros a quitarse el hábito.

En última instancia, esta tensión es fructífera y necesaria para la vida de la Orden. Aceptar a los jóvenes en la Orden es un reto para nosotros. Lo mismo que el nacimiento de un niño cambia la vida de toda la familia, cada generación de jóvenes que llega a la Orden cambia la fraternidad. Vosotros llegáis con vuestras preguntas, para las que no siempre tenemos respuesta, con vuestros propios ideales, que pueden revelar nuestras inadaptaciones, con vuestros sueños, que podemos no compartir. Venís con vuestros amigos y con vuestras familias, con vuestras culturas y vuestras tribus. Venís a molestarnos, por esto os necesitamos. A menudo llegáis demandando lo verdaderamente esencial en nuestra vida dominicana, algo que tal vez hemos olvidado o menospreciado; una oración comunitaria más bella y profunda; una fraternidad más plena en la que nos prestemos más atención unos a otros; el coraje para dejar todos nuestros viejos compromisos y emprender nuevamente el camino. A menudo la Orden se renueva porque llegan los jóvenes e insisten en construir la vida dominicana según lo que han leído en los libros. ¡Seguid insistiendo!

Es fácil para nosotros, que hemos llegado antes que vosotros, decir con enojo: "*Ustedes vienen a formar parte de nosotros; no nosotros de ustedes*". En realidad, eso es verdad, pero sólo una verdad a medias. Cuando llegamos a la Orden, nos entregamos a nosotros mismos en las manos de los frailes que todavía no habían venido a ella. Prometimos obediencia a aquellos que aún no habían nacido. Es verdad que no tenemos que reinventar la Orden en cada generación, pero fue parte del genio de Santo Domingo fundar una Orden con flexibilidad y adaptación como parte de su ser. Necesitamos ser renovados por aquellos que han sido cautivados por el entusiasmo de la visión de Domingo. No os debemos reclutar para librar nuestras viejas batallas. Tenemos que resistir a la tentación de encasillarnos en las categorías de nuestro tiempo de juventud y ponernos la etiqueta de "*conservadores*" o "*progresistas*", lo mismo que vosotros no debéis desconsiderarnos como reliquias de "*los años setenta*".

También serán un reto para vosotros aquellos que llegaron antes que vosotros, al menos eso espero. El aceptar que hay diferentes modos de ser dominico no significa que cada uno pueda inventar su propia interpretación. Por ejemplo, no puedo decidir por mi propia cuenta que los votos son compatibles con una amante y un automóvil deportivo. Nuestra manera de vivir implica ciertas exigencias objetivas e ineludibles que, a fin de cuentas, deben invitarme a sufrir una profunda transformación de mi ser. Si las eludo, nunca llegaré a ser uno de los frailes.

Por encima de todo, las diferentes concepciones de ser un dominico nunca deben dividirnos realmente, porque la unidad de la Orden no descansa en una línea ideológica común, ni siquiera en una única espiritualidad. Si esto se hubiera dado, nos habríamos escindido hace mucho tiempo. Lo que nos mantiene juntos es un camino de vida que admite una gran diversidad y flexibilidad, una misión común, y una forma de gobierno que da voz a cada persona. El león y el cordero dominicanos pueden vivir juntos y disfrutar de su mutua compañía.

En los comienzos de la vida de la Orden, "*Las vidas de los frailes*" fue escrita para registrar la memoria de la primera generación de dominicos. Estamos ligados como comunidad por la historia del pasado, como también por los sueños del futuro. Los signos visibles de la identidad dominicana tienen su valor y nos dicen algo importante sobre quiénes somos, pero no deberán ser los estandartes de batalla de bandos diferentes. Los dominicos cuya memoria valoramos justamente como un tesoro fueron con frecuencia aquellos que vivieron tan apasionados por la predicación que no les quedó mucho tiempo para reflexionar demasiado en su identidad como dominicos. Como escribió Simón Tugwell: "*A través de toda la historia, cuando la Orden se ha mantenido más fiel a sí misma, ha sido cuando menos se preocupó por el ser dominicano*"⁽²⁾.

La formación debería realmente darnos un fuerte sentido de identidad dominicana, y enseñarnos nuestra historia y nuestra tradición. Esto no es para poder contemplar la gloria de la Orden y cuán importantes somos o fuimos, sino para seguir el camino de Cristo pobre e itinerante. Un fuerte sentido de identidad nos libera de pensar demasiado en nosotros mismos, de lo contrario estaremos demasiado preocupados para poder oír la voz que nos pregunta: "*¿A quién buscas?*"

Por lo tanto, la fraternidad está fundamentada sobre algo más que una visión única. Se construye pacientemente, aprendiendo a escuchar al otro, a ser fuerte y a ser débil, aprendiendo la mutua fidelidad y amor fraterno.

Hablar y escuchar

Sabemos que estamos en casa cuando podemos hablar fácilmente unos con otros, confiando en que nuestros hermanos al menos tratarán de entendernos. Esta es probablemente nuestra expectativa cuando llegamos a la Orden. Jesús dijo a María Magdalena: "*Vete a mis hermanos y díles: Subo a mi Dios y vuestro Dios, a mi Padre y vuestro Padre*". Ella es enviada a compartir su fe en el Señor resucitado, aunque sus hermanos puedan mirarla como una ilusa. Así construimos un hogar común en la Orden, atreviéndonos a compartir lo que nos ha traído aquí. Algunas veces será difícil. Probablemente llegamos esperando encontrar gente con mentalidad parecida a la nuestra, con los mismos sueños y la misma manera de pensar. Pero quizá descubrimos que otros llegan a la Orden por caminos tan diferentes que no podemos reconocernos en lo que dicen. Podemos dudar en exponer aquello que es más precioso, nuestra frágil fe, a la crítica y al examen. Compartir nuestra fe reclama de nosotros una gran vulnerabilidad. A veces puede resultar más fácil hacerlo con gente con la que no tenemos que compartir la vida.

Uno de los principales retos para los formadores es fortalecer la confianza para que seáis capaces de hablar libremente. Martin Buber escribió que "*El punto decisivo es si los jóvenes están dispuestos a hablar. Si alguien los trata con confianza, les muestra que cree en ellos, hablarán con él. La primera necesidad es que el maestro debe despertar en sus alumnos la más valiosa de todas las cosas: genuina confianza*"⁽³⁾. Tan importante es que confiéis unos en otros. Puede llegar el momento en que tengáis el coraje de compartir vuestras dudas.

La cultura occidental contemporánea sistemáticamente cultiva la sospecha. Nos han enseñado a indagar lo que hay debajo de lo que los demás dicen para llegar a lo no reconocido, oculto, e incluso inconsciente. Algunas veces en la Iglesia esto puede adoptar la forma de persecución del error, cuando se está buscando dónde hay herejías. ¿Este fraile es un verdadero discípulo de Santo Tomás o de la teología de la liberación? ¿Es uno de los nuestros? Es mucho más fácil descubrir cuándo un fraile está en el error y niega un dogma de la Iglesia, o alguna ideología de mi propiedad, que oír el pequeño grano de verdad que se esfuerza por compartir con nosotros. Pero esta sospecha corroe la fraternidad. Procede del miedo y sólo el amor expulsa el miedo.

Aprender a escucharse unos a otros caritativamente es una disciplina de la mente. Benedict Ashley escribió: "*Tiene que haber un nuevo ascetismo de la mente, porque nada es más doloroso que mantener la caridad viva en medio de una genuina discusión sobre asuntos serios*"⁽⁴⁾. Amar a mi hermano no es exactamente una emoción calurosa y agradable, pero sí una disciplina intelectual. Tengo que abstenerme de rechazar como algo sin sentido lo que uno de mis hermanos ha dicho, sin haber escuchado lo que está diciendo. Es el ascetismo mental de abrir la mente a una opinión inesperada. Esto conlleva aprender a estar en silencio, no sólo mientras espero a que termine de hablar, sino para escucharle. Debo acallar las objeciones defensivas, el impulso para interrumpirle antes de que diga otra palabra. Callar y escuchar.

La conversación construye una comunidad de iguales, y por esto necesitamos construir la comunidad de la Familia Dominicana tomando tiempo para hablar con nuestras hermanas y laicos dominicos, y descubrir el placer de ello. La conversación construye el amplio hogar de Domingo y Catalina. Ello "*pide la igualdad entre participantes. Realmente, es uno de los*

camino más importantes para establecer la igualdad. Sus enemigos son la retórica, las disputas, la jerga, el lenguaje privado, o la desesperación por no ser escuchado y comprendido. Para prosperar es necesaria la ayuda de comadronas de uno y otro sexo. Sólo cuando la gente aprende a conversar podrá empezar a ser igual⁽⁵⁾. Uno de los desafíos para nosotros los frailes es dejar que las hermanas nos formen como predicadores. La formación más profunda siempre es mutua.

Ser fuertes y débiles

Pertecemos y estamos en casa cuando nos damos cuenta de que somos más fuertes de lo que creíamos, y más débiles de lo que nos atrevíamos a admitir. Estas no son cualidades contrarias, son signos de que empezamos a conformarnos a Cristo fuerte y vulnerable.

En un primer lugar, hemos sido formados como cristianos. En nuestra tradición esto significa no tanto la progresiva sumisión a los mandamientos, dominar nuestra naturaleza indisciplinada cuanto el crecimiento en la virtud. Llegar a ser virtuosos nos hace fuertes, sencillos de corazón, libres y capaces de andar con nuestros propios pies. Como ha escrito Jean-Louis Bruguès, la virtud es un aprendizaje de humanidad. *"Es el paso de la virtualidad a la virtuosidad"*⁽⁶⁾.

Llegar a ser fraile significa que recibimos nuestra fuerza los unos de los otros. No somos solistas. Es una fuerza que nos hace libres, pero juntos, no al margen del otro. En primer momento llegamos a ser fuertes porque hay confianza mutua. En el origen de nuestra tradición está la confianza sin límites de Domingo en el fraile. Él confió en los frailes porque confió en Dios. Como escribió Juan de España: *"Tenía tal confianza en la bondad de Dios que envió a hombres ignorantes a predicar, diciendo: 'No tengáis miedo, el Señor estará con vosotros y pondrá fuerza en vuestros labios'"*⁽⁷⁾.

Así pues, la primera tarea de vuestro formador es construir esta confianza y confianza. Pero también es la responsabilidad que tenéis los unos para con los otros, porque generalmente los que están en formación son los que más se forman entre sí. Tenéis el poder de minar a un hermano, hacer tambalear su confianza, burlarte de él. Y tenéis el poder de hacerlo crecer, de darle fortaleza, de formarlo como predicador de la vigorosa Palabra de Dios.

Nuestras Constituciones dicen que *"incumbe al mismo candidato la primera responsabilidad de la propia formación"* (LCO 156). No deberíamos ser tratados como niños, incapaces de decidir por nosotros mismos. Crecemos como hermanos, miembros iguales de la comunidad, cuando se nos trata como adultos maduros. En tiempos de Domingo no hubo rastro del *circator* monástico tradicional, cuyo trabajo era ir alrededor figoneando, viendo si cada uno hacía lo que tenía que hacer. Pero es una responsabilidad que no ejercemos solos. Si somos hermanos, nos ayudaremos unos a otros en la libertad de pensar, hablar, creer, correr riesgos, trascender el miedo. Nos atreveremos a cuestionarnos mutuamente.

Si crecemos como hermanos, seremos suficientemente fuertes para enfrentarnos con nuestra debilidad y fragilidad. Esto es en primer lugar lo que un amigo mío llamó *"la sabiduría de las criaturas"*⁽⁸⁾. Saber que somos creados, que nuestra existencia es un regalo, que somos mortales y que vivimos entre el nacimiento y la muerte. Nos despertamos al hecho de que no somos dioses. Nos sentimos seguros sobre nuestros pies, pero nuestros pies son un regalo.

También descubriremos que no hemos alcanzado la comunión de los santos, sino que somos un grupo de hombres y mujeres débiles, indecisos, que necesitamos continuamente levantarnos de nuestros fracasos. En otro lugar he escrito cómo esto puede ser causa de crisis para un fraile en formación⁽⁹⁾. Los héroes que un novicio ha amado y admirado resulta que tienen los pies de barro. Pero esto siempre ha sucedido. Es una de las razones por las cuales tenemos como patrona de la Orden a María Magdalena, que, según la tradición, fue una mujer débil y pecadora, pero que fue llamada a ser la primera predicadora del Evangelio.

Hace más de quinientos años, Savonarola escribió una carta a un novicio que había sido claramente escandalizado por los pecados de los frailes. Savonarola le previene respecto a las personas que llegan a la Orden esperando entrar directamente en el paraíso. Nunca perseveran. "*Desean vivir entre los santos excluyendo a los malos e imperfectos. Y cuando no encuentran lo que quieren, abandonan su vocación y se van Pero si deseas huir de toda maldad, debes dejar este mundo*"⁽¹⁰⁾. Esta confrontación con la fragilidad es, a menudo, un momento magnífico en la maduración de una vocación. Es cuando descubrimos que somos capaces de dar y recibir la misericordia que pedimos cuando nos hicimos miembros de la Orden. Si somos capaces de hacerlo, estaremos en camino para llegar a ser un fraile y un predicador.

Un miedo que puede impedirnos confiar en esta misericordia es la preocupación de que, si los frailes fueran a ver cómo somos realmente, puede que no votaran a nuestro favor para la profesión. Podríamos estar tentados a ocultar quiénes somos hasta estar salvos y seguros dentro; profesos y ordenados e invulnerables. Aceptar esto sería conformarnos con una formación engañosa. La formación llegaría a ser un entrenamiento para disimular, esto sería una parodia en una Orden cuyo lema es "*Veritas*". Deberíamos creer suficientemente en los frailes para dejarlos ver cómo somos y cómo pensamos. Sin tal transparencia no hay fraternidad. Esto no significa que debamos ponernos de pie en el refectorio y proclamar nuestros pecados, pero no podemos crear una máscara detrás de la cual nos ocultamos. Osamos abrazar tal vulnerabilidad porque Cristo lo hizo antes que nosotros. Esto nos prepara para predicar una palabra fiable y honrada.

Fidelidad y amor a los hermanos

Finalmente, hay una cualidad en la fraternidad que es esquivada y difícil de describir, la llamaría fidelidad, de acuerdo con Peguy "*la más bella de las palabras*". En el corazón de nuestra predicación está la fidelidad de Dios. Dios nos obsequió con esta palabra, y es una Palabra hecha carne. Es una palabra en la que podemos confiar; una palabra que hace de la historia de la humanidad una historia que avanza hacia un punto determinado y no una historia de acontecimientos fortuitos. Es la palabra fuerte y sólida de Alguien que dice: "*Yo soy el que soy*". Es la fidelidad que deberíamos ambicionar encarnar en nuestras vidas. El matrimonio es un sacramento de la fidelidad de Dios, que se ha unido con nosotros de manera irrevocable en Cristo. Pertenece también a nuestra predicación del Evangelio el ser fieles unos a los otros.

¿Qué significa esto? En primer lugar, fidelidad al compromiso que hemos hecho con la Orden. Dios nos ha dado su Palabra hecha carne, aunque esto le llevó a una muerte sin sentido. Nosotros hemos dado nuestra palabra a Dios, incluso cuando nuestra promesa parezca pedirnos más de lo que creemos posible. Recuerdo, cuando era provincial, hablar con un fraile ya mayor, que vino decirme que se estaba muriendo de cáncer. Era un hombre bueno y amable, que había vivido en medio de dificultades y momentos inciertos en su vida dominicana. Me dijo: "*Creo que voy a realizar mi ambición de morir en la Orden*". Puede parecer una ambición pequeña, pero es esencial. Había dado su palabra y su vida. Se regocijaba, a pesar de todo lo vivido, de no haber reclamado el don que había hecho.

En segundo lugar, significa que nuestra misión común tiene prioridad sobre mi agenda privada. Tengo mis talentos, mis preferencias y sueños, pero me he dado yo mismo a nuestra predicación compartida de la buena nueva. Esta misión común puede requerir de mí que acepte por un tiempo algún cargo no deseado, como ser síndico, maestro de estudiantes o novicios, o Maestro de la Orden, por el bien común. Un autobús puede parecerse mucho a una sala común. Está lleno de personas que se sientan juntas, hablan o leen, comparten un espacio común. Pero cuando la ruta del autobús se desvía de la dirección de mi propio viaje, puedo dejar el autobús y continuar por mi propia cuenta. ¿Miro la Orden más bien como un autobús, en el cual permanezco sólo cuando me conduce en la dirección en que deseo ir?

Fidelidad también exige defender a mis hermanos: su reputación es la mía. En las Constituciones Primitivas, y hasta hace poco, una de las tareas del maestro de novicios era

enseñar a los novicios a "*intuir el bien*"⁽¹¹⁾. Se debe siempre interpretar de la mejor manera posible lo que el hermano hizo o dijo. Si un hermano regresa regularmente tarde por la noche, en vez de pensar en los terribles pecados cometidos, deberíamos suponer que, por ejemplo, ha estado visitando a un enfermo. Savonarola escribió al novicio crítico: "*Si tú ves algo que no te gusta, piensa que fue hecho con buena intención. Muchos son, en el fondo, mejor de lo que tú imaginas*". Es más que el optimismo de los idealistas. Pertenece a aquel amor que mira el mundo con los ojos de Dios, como bueno. En una ocasión Santa Catalina escribió a San Raimundo de Capua, asegurándole que él debía confiar en el amor que ella le tenía, y cuando amamos a alguien interpretamos de la mejor manera lo que esa persona hace, confiando que siempre busca nuestro bien: "*Más allá del amor general, existe un amor particular, el cual se expresa a sí mismo como fidelidad. Y se expresa a sí mismo de tal manera que no puede creer o imaginar que el otro pudiera querer algo distinto de nuestro bien*"⁽¹²⁾.

Si mi hermano es condenado como malo o heterodoxo, la fidelidad, en este caso, significa que haré todo lo que esté de mi parte para apoyarlo y dar la mejor interpretación a sus opiniones o acciones. Por esta mutua fidelidad el prefacio de las Constituciones de 1228 establecía, para que se observase "*inviolable e inmutablemente a perpetuidad*", que ninguno podía apelar fuera de la Orden contra las decisiones hechas por la Orden. Por eso, sería virtualmente inimaginable que un fraile pudiera acusar públicamente o hacerse insolidario de uno de los frailes.

Esta fidelidad implica no sólo defender a mi hermano, sino aconsejarlo. Si es mi hermano, debo tener cuidado de lo que piensa y atreverme a no estar de acuerdo con él. No puedo dejar esto para los superiores, como si no fuera mi responsabilidad. Pero debo hacerlo de frente y no por detrás. Puede darme miedo hacer esto, porque espero una reacción de hostilidad y de rechazo. Pero, según mi experiencia, si tenemos claro que estamos hablando con franqueza por amor a la verdad y a un hermano, se llega siempre a lograr una profunda amistad y entendimiento.

He aquí, por tanto, algunos de los elementos de la formación de un fraile: hablar y escucharse unos a otros; aprender a ser fuerte y débil; crecer en mutua fidelidad. Todo esto pertenece a lo que es más fundamental: aprender a amar a los hermanos. Nosotros, los dominicos, con nuestro acercamiento vigoroso a los otros, podemos dudar en usar tal lenguaje. Podría sonar meloso y sentimental. Sin embargo está en la base esencial de nuestra fraternidad. Es lo que nos pide hacer quien nos llama: "*Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado*" (Jn 15, 12). Este es el mandamiento fundamental de nuestra fe. La obediencia a él nos forma como cristianos y como frailes. Santo Domingo dijo que había aprendido "*más en el libro de la caridad que en los libros de los hombres*"⁽¹³⁾. Por último, esto significa que debemos vernos unos a otros como un regalo de Dios. Mi hermano o hermana me pueden contrariar; puedo oponerme totalmente a sus opiniones, pero voy a deleitarme en ellos y descubrir su bondad.

Hay una relación fundamental entre el amor y la vocación, que a muchos os ha traído hasta nosotros. Jesús miró al joven rico y lo amó, y lo invitó a seguirle, de la misma manera que miró a María Magdalena y la llamó por su nombre. Esteban de España nos cuenta que fue a confesarse con Domingo, y "*él me miró como si me amara*"⁽¹⁴⁾. Posteriormente, esa misma noche, Domingo lo llamó y lo vistió con el hábito. Amar es, como dice Eckhart, el anzuelo del pescador que atrapa el pez y no le deja ir. Debo confesar que decidí hacerme miembro de la Orden, antes de encontrar a un dominico, atraído por lo que había leído sobre su ideal. ¡Quizás pueda también ser una bendición!

No hay nada de sentimental en este amor. A veces tenemos que trabajar este amor, y luchar por superar prejuicios y diferencias. Es el empeño por llegar a ser uno de los frailes. Recuerdo que había un fraile con quien me era difícil la convivencia. Cualquier cosa que hiciera o dijera parecía que le sacaba de sus casillas. Una tarde quedamos en salir juntos al *pub*, una solución muy inglesa. Hablamos largo y tendido. Nos contamos nuestra niñez y nuestras dificultades. Pude, por primera vez, ver por sus ojos y verme a mí mismo como yo tenía que aparecer ante él. Empecé a comprender. Ese fue el principio de una amistad y

fraternidad.

"He visto al Señor"

María Magdalena va a sus hermanos y les dice: "*He visto al Señor*". Fue la primera predicadora de la resurrección. Es predicadora porque es capaz de oír al Señor cuando llama y de compartir la buena nueva de la victoria de Cristo sobre la muerte.

Llegar a ser predicador es mucho más que aprender cierta cantidad de información, para tener algo que decir, y algunas técnicas de predicación para saber decirlo. Es ser formado como alguien que puede oír al Señor y decir una palabra que ofrece vida. Isaías dice: "*El Señor desde el seno materno me llamó; desde las entrañas de mi madre recordó mi nombre. Hizo mi boca como espada afilada, en la sombra de su mano me escondió*" (Isaías 49, 1b-2a). Toda la vida, ya desde el principio, fue configurando a Isaías como a alguien preparado para decir una palabra profética.

La Orden debe ofreceros más que una capacitación teológica. Es una vida la que os forma como predicadores. Nuestra vida común, la oración, las experiencias pastorales, las luchas y fracasos, nos capacitan para estar atentos y proclamar la palabra en formas que no podemos prever.

Uno de mis predecesores como provincial era un fraile llamado Anthony Ross. Fue famoso como predicador, historiador, reformador de cárceles, e incluso luchador. Un día, poco después de ser elegido provincial, fue derribado por una apoplejía fulminante y reducido casi al silencio. Tuvo que dimitir como provincial y aprender a hablar otra vez. Las pocas palabras que podía pronunciar llegaron a tener más poder que todas las que antes decía. La gente iba a confesarse con él, a oír sus palabras sencillas y curativas. Sus sermones de media docena de palabras cambiaron la vida de la gente. Fue como si el sufrimiento y el silencio formaran a un predicador que nos obsequiaba con palabras de vida como nunca antes lo había hecho. Fui a visitarlo antes de partir para el Capítulo General de México, después del cual, para mi gran sorpresa, no volví a mi provincia. Su última palabra fue "*coraje*". El más grande regalo que podemos brindar a un hermano es una palabra como ésa.

Una palabra compasiva

María Magdalena anuncia a los discípulos: "*He visto al Señor*". No es sólo la afirmación de un hecho, sino el compartir de un descubrimiento. Compartió su pérdida, su angustia, su llanto, y ahora puede compartir con ellos su encuentro con el Señor resucitado. Puede compartir la buena noticia con ellos porque es buena noticia para ella.

La Palabra que nosotros predicamos es una palabra que comparte nuestra humanidad, "*pues no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado*" (Hebreos 4, 15). Predicar nos exigirá que nos encarnemos en mundos diferentes, tales como la cultura joven contemporánea, o en una isla de Micronesia, el mundo de los drogadictos o de los hombres de negocios. Necesitamos entrar en el mundo, aprender su lenguaje, ver a través de los ojos de sus habitantes, estar en su piel, entender sus debilidades y esperanzas. Debemos, en algún sentido, llegar a ser ellos. Después podremos ofrecer la palabra que es buena noticia para ellos y para nosotros. Esto no quiere decir que tenemos que estar de acuerdo con ellos. Con frecuencia hemos de desafiarlos; pero necesitamos pulsar su humanidad antes de poder hacerlo.

Es tradición de la Iglesia cantar las alabanzas de Dios al amanecer. Seguimos siendo vigías que esperan el alba, por lo tanto podemos compartir nuestra esperanza con aquellos que no tienen signos del sol naciente. En la medida en que he vislumbrado su oscuridad, incluso puede que la haya reconocido como mía, puedo entonces compartir una palabra acerca de "*las entrañas de misericordia de nuestro Dios, que hará que nos visite una luz de lo alto*"

(Lucas 1, 78).

A menudo, podemos hacer esto por lo que somos y por lo que hemos vivido. María Magdalena buscó el cuerpo del Señor con una ternura que había aprendido en su vida marcada, según la tradición, por sus propios fracasos y pecados. La vida la preparó para ser la persona que buscó al hombre que ella amó y reconoció cuando él la llamó por su nombre. Uno de los regalos más preciosos que traéis a la Orden es vuestra propia vida, con sus fracasos, sus dificultades y sus momentos de oscuridad. Puedo mirar un pecado del pasado y verlo como una *felix culpa*, porque me preparó como alguien que puede decir una palabra de compasión y esperanza para los que están viviendo la misma derrota. Puedo compartir con ellos la salida del sol.

En otras áreas, necesitamos una formación en la compasión, una educación del corazón y de la mente que rompa todo lo que en nosotros es corazón de piedra, arrogancia y crítica. Una de las cosas más útiles que hice durante mi insólito noviciado fue visitar regularmente a los delincuentes sexuales en la cárcel local. Ellos son quizás la gente más despreciada en nuestra sociedad. Descubrí que no eran realmente diferentes a las otras personas. Podemos escuchar el Evangelio juntos. Por lo tanto nuestra formación podría despojarnos de las defensas contra aquellos que son diferentes e inatractivos, aquellos que nuestra sociedad rechaza: los mendigos, las prostitutas, los criminales, la clase de gente con la que la Palabra de Dios pasó su tiempo. Aprendemos a recibir los regalos que ellos pueden darnos si nuestras manos están abiertas.

El predicador ideal es aquel que se hace todo con todos los seres humanos (cf 1 Cor 9, 22) perfectamente humano. No conozco a ningún dominico así, y debemos admitir nuestras limitaciones. Durante varios años, una noche a la semana, iba a un refugio para los sin techo en Oxford, a preparar la sopa y charlar con ellos. Reconozco aun hoy que no me entusiasma. Me disgustaba el olor y me aburrían las conversaciones de borrachos; sabía que mi sopa no era un éxito y soñaba con quedarme en casa leyendo libros. Pero no me pesan estas horas. Tal vez el muro entre mis hermanos y hermanas de la calle y yo fue en parte derribado.

La compasión formará nuestras vidas en caminos que nunca planeamos. Cuando Santo Domingo fue un estudiante en Palencia se dejó tocar por la compasión hacia los hambrientos y vendió sus libros. Se quedó en el sur de Francia y fundó la Orden, sólo porque se dejó conmovir por la situación apremiante de la gente sumergida en una herejía destructiva. Su vida entera fue moldeada por la respuesta a situaciones imprevisibles para él. Este hombre misericordioso estuvo a merced de los otros, vulnerable a sus necesidades. Al aprender la compasión arrancaremos de nuestras manos un control estricto de nuestras vidas.

Una palabra de vida

"*He visto al Señor*". Es más que el informe de un acontecimiento. María Magdalena comparte con sus hermanos el triunfo de la vida sobre la muerte, la luz sobre la oscuridad. Es una palabra que ofrece el amanecer del que ella había sido testigo "*muy de madrugada*".

Catalina de Siena dice a Raimundo de Capua que debemos *ser "creadores más bien que destructores o aguafiestas"*⁽¹⁵⁾. Somos formados como predicadores por medio de las conversaciones corrientes que tenemos con los otros, las palabras que intercambiamos en la sala comunitaria y los pasillos. Descubrimos cómo compartir una palabra de vida en nuestra predicación, al formarnos como hermanos que se ofrecen mutuamente palabras que comunican esperanza y ánimo, construyen y sanan. Si somos gente que habitualmente ofrece a los otros palabras que hieren, socavan, arruinan y destruyen, por muy inteligentes y eruditos que seamos, nunca seremos predicadores. Hay un dicho polaco que reza: "*Wystygł mistik; wynik cynik*", que significa: "*El místico se ha calmado; el resultado es un cínico*". Nosotros debemos ser los "*perros del Señor*", pero nunca los 'cínicos'⁽¹⁶⁾.

La palabra del predicador es fértil. Cuando María Magdalena encuentra a Jesús lo confunde

con el jardinero. No es un error, porque Jesús es el nuevo Adán de la vida, donde la muerte es destruida y el árbol muerto de la cruz está cargado de fruto. Por lo tanto, los aliados naturales para el predicador son la gente creativa de nuestra sociedad. ¿Quién es la gente que está luchando por dar sentido a la experiencia contemporánea? ¿Quiénes son los pensadores, los filósofos, los poetas y los artistas que pueden enseñarnos una palabra creadora para nuestro tiempo? También ellos pueden ayudarnos a formarnos como predicadores.

Una palabra que hemos recibido

¿Cómo podemos encontrar esta palabra creadora, compasiva y nueva? Confesé al principio de esta carta que cuando ingresé en la Orden temí no poder ser nunca capaz de predicar. Es un miedo que todavía permanece. Es embarazoso para un dominico confesar que, cuando me piden predicar, mi primera reacción todavía es a menudo: "*Pero si no tengo nada que decir*". Se nos dará lo que tenemos que decir, aunque sea en el último momento. Para recibir la palabra que se nos da, tenemos que aprender el arte del silencio. En el estudio y la oración aprendemos a ser tranquilos, atentos, para poder recibir del Señor lo que vamos a compartir: "*Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido*" (1 Cor 11, 23).

Para muchos, permanecer tranquilos es el aspecto más duro de la formación. Pascal escribió: "*He descubierto que la infelicidad de los seres humanos llega por un solo motivo: no saber cómo permanecer tranquilos en su cuarto*"⁽¹⁷⁾. En definitiva, el predicador debe amar "*las delicias de la soledad*", porque es cuando recibimos los dones. Tenemos que estar clavados a la silla, no para adquirir un conocimiento magistral, sino para poder estar listos y alerta cuando "*llegue inesperadamente, como el ladrón en la noche*". Al final llegaremos a amar este silencio como el centro profundo de nuestra vida dominicana. Es el tiempo de los regalos, bien sea en la oración o en el estudio.

Exige disciplina. "*Es verdad, tú eres un Dios escondido*" (Isaías 45,15). Para detectar la presencia de Dios necesitamos oídos agudos, como los de un cazador. Eckhart pregunta: "*¿Dónde está este Dios, a quien todas las criaturas buscan, y de quien tienen su ser y su vida? Como un hombre que se esconde, y que se insinúa y que se revela, así es Dios. Nadie es capaz de descubrir a Dios, si Él no se revela*". Pero Dios está allí, "*tosiendo*" discretamente para llamar la atención, dando pequeñas pistas a aquellos que son capaces de oír, si estamos en silencio. A menudo, más adelante, a su debido tiempo, en tu vida dominicana, estarás abrumado de peticiones. Ahora es el tiempo de establecer un hábito de silencio regular en la presencia de Dios, al que deberás aferrarte toda tu vida. Puede marcar la diferencia entre el simple sobrevivir y el florecer como dominico.

Con frecuencia la gente llega a la Orden con un nuevo entusiasmo para compartir la buena nueva de Jesucristo. Tú puedes desear ir inmediatamente a las calles, hacer estremecer el púlpito, compartir tus descubrimientos del Evangelio con el mundo. Puede ser frustrante entrar en la Orden de Predicadores y encontrar que durante muchos años estás atado a horas de estudio aburrido, leyendo libros áridos de autores ya muertos. Quizás añoramos estar en los caminos predicando el Evangelio o ser enviados a las misiones. Podemos ser de esos jóvenes de quienes Dostoïevsky escribió en Los Hermanos Karamasov "*que no entienden que el sacrificio de una vida es, en la mayoría de los casos, quizás el más fácil de los sacrificios, y que sacrificar, por ejemplo, cinco o seis años de su vida, llenos de fervor juvenil, al duro y difícil estudio, si fuera sólo para incrementar diez veces más su capacidad de servicio a la verdad y de esta manera llevar a cabo un magnífico trabajo, alimentando sus corazones para sacarlo adelante, tal sacrificio estaría casi más allá de la resistencia de muchos de ellos*".

Está bien que, desde el principio, encontremos modos de compartir el Evangelio con otra gente, pero el paciente aprendizaje del silencio es inevitable si queremos comunicar más que nuestro propio entusiasmo. La memoria de Domingo era una "*especie de granero para Dios, lleno hasta rebosar con cosechas de toda clase*"⁽¹⁸⁾. Necesitamos muchos años de estudio para llenar el granero. Es verdad que Mateo 10,19 nos dice que no pensemos por adelantado en lo que vamos a decir, pero Humberto de Romanis indica, a los que están en

la formación, que este texto sólo se aplica a los apóstoles⁽¹⁹⁾.

Una palabra compartida

Hace un año, cuando caminaba por las diminutas calles de la ciudad de Ho Chi Minh, Vietnam, atravesé una pequeña plaza, dominada por la estatua de San Vicente Ferrer. De pie, en su pedestal, parecía el predicador modelo, el orador solitario que se levanta sobre la multitud. Podemos estar tentados a ser predicadores de este estilo, estrellas individuales, el centro de atención y admiración.

La palabra del predicador no es suya. Es una palabra que no sólo la hemos recibido en el silencio de la oración y del estudio, sino también los unos de los otros. Y por lo tanto, una comunidad de predicadores debería ser aquella en la que compartimos nuestras convicciones profundas, como María Magdalena compartió con los hermanos su fe en el Señor resucitado. Los frailes del Consejo General nos reunimos cada miércoles para leer juntos el Evangelio. Nuestros sermones son el fruto de una reflexión común. Las concepciones modernas sobre derechos de autor nos pueden hacer poseedores de nuestras propias ideas y podríamos pensar que el hermano que las utiliza está cometiendo un robo. Pero son los ricos quienes creen firmemente en la propiedad privada. Nosotros compartimos lo que hemos recibido y como frailes mendicantes no deberíamos avergonzarnos de suplicar a cualquiera una idea.

Nuestra formación debiera prepararnos también para predicar juntos, en una misión común. Jesús envió a sus discípulos de dos en dos. Es una tentación hacer del apostolado mi propiedad y protegerlo celosamente de los otros frailes. Es mi responsabilidad, mi preocupación, mi gloria. Si lo hago, quizá me estoy convirtiendo en objeto de mi predicación. Humberto de Romanis nos advierte que tengamos cuidado con la gente "*que piensa que predicar es una clase de trabajo especialmente espléndido y pone sus corazones en ello porque quieren ser importantes*"⁽²⁰⁾. Si caemos en esa tentación llegaríamos a pensar que nosotros somos la buena noticia de la que están hambrientos. La docencia más gozosa que realicé fue cuando enseñé teología en Oxford con otros dos frailes. Preparábamos juntos el curso y estábamos presentes en las clases de cada uno. Tratábamos de enseñar a los estudiantes introduciéndolos en nuestros debates. La idea era que, al participar en nuestra conversación, pudieran descubrir que tenían su propia voz, más bien que ser recipientes pasivos de instrucción.

Cada vez que un fraile predica, lo hace en nombre de la comunidad. El ejemplo más famoso fue en los primeros tiempos de la conquista de las Américas. Cuando Antonio Montesino predicó contra las injusticias hechas a los indígenas, las autoridades civiles buscaron al prior para acusarlo. Pero el prior contestó que, cuando Antonio predicaba, era la comunidad entera la que hablaba

Todo esto va en contra del principio de individualismo, que es característica tanto de la modernidad, como a menudo de los dominicos. Ciertamente, el individualismo es a veces reclamado, con algún orgullo, como una característica típicamente dominicana. Es verdad que tenemos una tradición que aprecia la libertad y los talentos peculiares de cada hermano. Demos gracias a Dios. Planificar proyectos comunes puede ser una pesadilla en la Orden. Pero somos frailes predicadores y nuestros hermanos más famosos, aunque a menudo los pintamos solos, por lo general trabajaron en la misión común: Fray Angelico no fue un artista solitario, sino que adiestró frailes en su arte; Santa Catalina estuvo rodeada de frailes y hermanas; Bartolomé de Las Casas trabajó con sus frailes de Salamanca por los derechos de los indígenas. Congar y Chenu florecieron como miembros de una comunidad de teólogos. El mismo Santo Tomás necesitó un equipo de frailes amanuenses.

Por lo tanto, nuestra formación debe liberarnos de los efectos debilitantes del individualismo contemporáneo y formarnos como frailes predicadores. Seremos verdaderamente más auténticos y vigorosos si osamos hacer esto. En algunas partes del mundo, que han estado más afectadas por el individualismo, éste podría ser el gran desafío para vuestra generación: inventar y lanzar nuevos caminos para predicar juntos el Evangelio. Esto lo

podéis hacer. Hay muchos jóvenes en formación, uno de cada seis frailes, y más de mil novicias este año entre monjas y hermanas. Juntos podéis hacer más de lo que ahora imaginamos.

Conclusión

En 1217, poco después de la fundación de la Orden, Santo Domingo dispersó a los frailes, porque "*el grano almacenado se pudre*". Los envió por los caminos sin dinero, como los apóstoles. Pero uno de los frailes, Juan de Navarra, rehusó dejar París sin tener dinero en su bolsillo. Discutieron y finalmente Domingo cedió y le dio algo. Este incidente escandalizó a algunos frailes, pero es quizás una buena imagen de nuestra formación. No estoy sugiriendo que los formadores deben ceder ante cada petición vuestra, pero sí que nuestra formación debía ser al mismo tiempo exigente y compasiva, idealista y realista. Domingo invita a Juan a confiar, no con una arrogante confianza en sí mismo, sino en el Señor, que cuidará de él durante el viaje, y en su hermano que lo envía. Cuando Domingo ve que todavía está lejos de conseguirlo, tiene misericordia de él.

Pido que vuestra formación os ayude a crecer en la confianza y felicidad de Domingo. La Orden necesita hombres y mujeres jóvenes, valientes y gozosos, que nos ayudarán a fundar en nuevos lugares, refundarla en otros, y crear nuevos caminos de predicación del Evangelio. Algunas veces, como a fray Juan, puede faltarnos confianza. Podéis dudar de vuestra fortaleza para avanzar en el camino, e incluso si merece la pena hacerlo. Que estos momentos de indecisión y oscuridad lleguen a ser parte de vuestro crecimiento como cristianos, predicadores, frailes y hermanas. Cuando os sintáis perdidos e inseguros, que podáis oír una voz, inesperadamente cercana, que os dice: "*¿A quién buscas?*"

[1.](#) *M.O'C Walshe Meister Eckart Vol 1 London p 46-47*

[2.](#) *Simon Tugwell "Dominican Spirituality" en Compendium of Spirituality ed E De Cea OP, New York 1996 p 144*

[3.](#) *Encounter with Martin Buber Aubrey Hodes London 1972 p 217*

[4.](#) *The Dominicans Collegeville 1990 p 236*

[5.](#) *Theodore Zeldon An intimate History of Humanity London 1994 p 49*

[6.](#) *Les idées heureuses. Paris 1996 p 24*

[7.](#) *Actas del Proceso de Canonización de Bolonia 26*

[8.](#) *Rowan Williams Open to Judgement London 1994 p 248*

[9.](#) *Promesa de Vida 2.4*

[10.](#) *Carta a Stefano di Codiponte 22 Mayo 1492*

[11.](#) *Tugwell op. cit. p 145*

[12.](#) *Mary O'Discoll OP Catherine of Siena: Passion for the thruth, Compassion for Humanity New City 1993 p 48*

[13.](#) *Vitae Fratrum de Gerald de Frachet 82*

[14.](#) *Testimonio de Fr. Esteban de España en el Proceso de Canonización de santo Domingo*

[15.](#) *Mary O'Dirscoll OP op. cit. p 48*

[16.](#) *Por favor perdonen este pobre chiste y busquen la etimología de "cínico"*

[17.](#) *Pensées nº 205*

[18.](#) *Jordán de Sajonia Libellus 7*

[19.](#) *"Treatise on the Formation of Preachers" en Early Dominicans: Selected Writings trad Simon Tugwell OP ibid, p 205*

[20.](#) *Early Dominicans op. cit. p 236*



[Inicio](#)